

Fernando Santiván.

LA SEÑORITA LINA

ERA todavía joven. ¿Veintiocho años?... Podrían ser treinta. Cuando más, treinta y cinco.

Erame simpática, a pesar de que mi padre me previno en su contra antes de enviarme a casa de tía Dolores.

—Cuidado,—me dijo el caballero. Es una mala pécora. Se ha ganado la voluntad de tu tía y hace de ella lo que quiere.

Las señoritas del Solar, unas primas de mi edad, cotorreras, cerebro de cascabel, me detuvieron en la plaza para advertirme:

—Nosotras no visitamos a tía Dolores... Tú sabes cuanto la queremos; pero... ¡esa mujer!...

Esto lo dijo Carlota, la de los ojos bovinos y caprina voz temblorosa. La menuda Felicitas, que hablaba siempre con los labios entreabiertos a causa de sus largos incisivos de roedor, añadió desganadamente:

—Dicen que la conocieron de conductora de carros en Talca...

Opté por cerrar los oídos al charloteo de las primitas. ¿Qué me importaba lo que hubiera sido la señorita Lina? Yo tenía quince años, el alma fresca y abierta a

los goces de la vida. La casona de mi tía Dolores era para mí como un puerto acogedor, cercado de riberas cubiertas de vegetación apaciguante, poblada de flores aromosas y de pájaros cantores.

«El niño», «Tato»,—llamábanme cariñosamente tía Dolores y la señorita Lina.

—¿Cambiaron de ropa la cama del niño?... ¡Hay que deshumedecerla al brasero!...—advertía la buena señora a la sirviente, la misma que llevó en sus brazos a mi madre.

—Tato, hoy he ordenado que te preparen flan...—decíame la señorita Lina.

Y si la señorita Lina estaba lejos de ser una hermosura, al menos era inteligente y sabía condescender a los caprichos de un muchacho ansioso de ternura hogareña. Disimulaba mis defectos y preparaba el ánimo de mi tía para que accediese a lo que deseaba pedirle.

—Van a comenzar las lluvias y el Tato no tiene paraguas, ni zapatones de goma... A lo mejor este chiquillo va a pescar una pulmonía!...

¿Cómo adivinaba la señorita Lina mis escaseces de dinero y el secreto deseo de proveerme de artículos de invierno?

Tenía la señorita Lina el rostro picado de viruelas, pero agraciado y fino. Los ojos eran vivos, candentes, oscuros, rodeados de un pequeño círculo violáceo. ¡Qué lástima de voz! Quizás fuera bella en otro tiempo; pero, ahora, enronquecida por un constipado maligno, según ella decía, era apagado su timbre y las palabras pasaban trabajosamente por la garganta. También tosía, a menudo.

—Es el cigarrillo,—explicaba, ahogándose. Tía Dolores, desde su poltrona, observábala con cierta inquietud. Sólo advertía:

—Usted no se cuida, Lina!... El doctor le ha prohibido fumar!

—¡Ya pasó!... ¿Ve señora?

Lina era señorita de compañía. Mejor dicho, lo era todo en casa. Mi buena tía se mezclaba poco con la servidumbre, y si lo hubiera hecho, seguramente habrían abusado de su bondad y de su largueza. En un tiempo poseyó considerable fortuna; la administración de algunos sobrinos y la suya propia habían ido mermándola hasta dejarla reducida a tres fundos de pequeña extensión y a dos casas en el pueblo. Con todo, sus rentas habríanle bastado para vivir con relativa esplendidez, si una turba de sirvientes y parásitos no contribuyeran a esquilmarla con insaciable voracidad.

A pesar de las murmuraciones de la parentela, la señorita Lina supo poner orden en los negocios de mi tía. No era instruída, ni tenía conocimientos de agricultura, pero era enérgica y todo lo suplía a fuerza de astucia e intuición. Recaudaba los arriendos, intervenía en las particiones de los medieros, y sometía a prueba las embrolladas cuentas de los rústicos mayordomos.

En la época veraniega, nos trasladábamos penosamente al fundo más próximo. Era una expedición complicada y azarosa. Con semanas de anticipación, poseídos de actividad febril, sirvientes y allegados emprendían los preparativos de marcha. Por algún tiempo los apacibles corredores de vetustos ladrillos, sombreados por aromáticas enredaderas de jazmines, resonaban con voces de mando, golpes de martillo y risas alegres. La señorita Lina, la cola del vestido recogida picarescamente en una mano y un cigarrillo en la boca, iba de un grupo a otro con cierta majestad gitana, disponiendo el acomodo de utensilios y ropas en cajones y baules. Los sirvientes la respetaban, la querían. Sin descender a familiaridades, ella se chanceaba a menudo con ellos; sabía tener condescendencias a tiempo y hacerse respetar cuando era necesario.

Mi tía rondaba también alrededor de los aprestos de viaje; su intervención en detalles fútiles o innecesarios nos hacían sonreír cariñosamente; los años y la falta

de ejercicio había ablandado sus músculos, haciéndole perder formas y agilidad. Desentrañaba viejos clavos guardados en misteriosos escondrijos y armada de martillo pretendía afirmar los cajones.

—Quite, señora!. . . Quite allá!—decíale la señorita Lina con cariñosa brusquedad que dejaba perpleja a mi tía. A lo mejor, se da un golpe en los dedos, y la tenemos en cama durante un mes. . .

Ante el desacato de su autoridad feudal, desconocida en sus costumbres, reía la buena señora con aspavientos y chillidos. Era costumbre en la familia reír de igual manera ante las insolentes salidas de tono de los güñicitos bufones, criados con dadivosa protección. . .

Después de otra semana de vacilaciones y de visitas de tía Dolores a su parentela más próxima, salía el largo cortejo. Adelante, en el viejo coche familiar, pesado y crujiente, iba la señora con sus familiares. A su vera, junto al estribo, caracoleaba mi caballo de pura raza chilena, llevando sobre su lomo al más feliz de los mortales, trajeado con vistoso chamanto, ancho guarapón y plateadas espuelas de sonora rodaja. Más atrás, los mozos del fundo con sus arreos pintorescos y sus caras curtidas, como petrificadas por el sol y por el aire de la campiña libre.

II

La señorita Lina subía a menudo en su negro caballo para recorrer los trabajos del fundo. Montaba con desenvoltura, llevando con gracia su largo ropón y la ajustada chaquetilla de amazona. Algunas veces la acompañaba yo. A varios pasos de distancia nos seguía siempre Artidoro, o Alsidoro, como lo llamaba mi tía, que generalmente transformaba el nombre de las personas.

A pesar de su juventud, Artidoro gozaba de gran prestigio entre los sirvientes. Una palabra suya valía

casi tanto como la orden de Sandoval, el viejo mayordomo, llamado en voz baja «el pelao», a causa de su horrorosa calvicie, celosamente oculta, bajo el sombrero, por un amplio y sucio trapo que le envolvía la testa.

Artidoro era de mediana estatura, de anchas espaldas y cabeza grande coronada de espeso y renegrado pelo. Distaba mucho de ser un mozo apuesto. Su rostro lampiño, moreno y chato, asemejábase a la cabeza de un buen mastín, grave y corajudo. Si no hubiera sido de una palidez amarillenta se le habría creído robusto, capaz de extrangular un toro con sus largos brazos de simio.

—Yo quiero que lleguemos a la bocatoma—dijo Artidoro a la señorita Lina, picando espuelas y colocándose a su lado. Ahí se convencerá de lo que le digo... Agua sale harta de allá; y el canal se hizo limpiar en el último invierno...

Caminábamos por una larga avenida rumorosa y sombreada. Enormes rosales trepadores subían por los esbeltos troncos de los álamos hasta gran altura, formando una muralla densa, sombría, que ocultaba la vista de los potreros. Sólo de trecho en trecho, al llegar a un portón, podían verse los cuadriláteros amplios encajonados entre líneas de árboles, cubiertos de tupida yerba en la que pacían vacunos de variados colores. El perfume de las yerbas campesinas y de las rosas, desfallecidas en naturales guirnaldas, hacía denso y azucarado el aire.

—Pero ahí viene don Sandoval...—murmuró Artidoro, mirando hacia el fondo de la alameda en donde se veía un bulto movible que avanzaba. Usted lo habrá de ver...

La señorita Lina nada respondió, pero sus ojos chispearon con mayor intensidad. Pocos minutos después, Sandoval estaba junto a nosotros.

—Ahora mismo vamos a la bocatoma,—díjole la señorita Lina, envolviéndolo en una mirada severa. Me

han dicho que se están robando el agua del canal. ¿Es cierto?

El viejo huyó la vista, como era su costumbre, pero no se movió un solo músculo de su rostro aceitunado, de facciones romas que relucían bajo una capa grasosa. Bajo el ala del sombrero se veían los trapos con que envolvía su calva, y en cada una de las sienes, extraño adorno, llevaba una haba verde pegada con sebo. Lentamente respondió:

—Habladurías, no más, señorita... No faltan por ahí bocones y envidiosos que se despican con uno, porque no se les da en el gusto. El agua del canal viene toíta... Habrá por ahí «redames», pero eso no quiere decir...

La mirada de la señorita Lina se hizo más oscura que de costumbre y su voz ahogada y ronca silbaba al responder:

—Nos desengañaremos ahora mismo... ¡Andando!

Y sin esperar respuesta, torció riendas a su caballo y dióle un enérgico fustazo en el anca. Echamos a galopar por la alameda, la señorita Lina y yo adelante, más atrás seguían Sandoval y Artidoro.

Fué una cabalgata deliciosa. El aire estaba tibio bajo la sombra de álamos y rosales. Había veces que debíamos pasar bajo túneles de verdura, pues los extremos de los rosales se habían dado la mano de un lado al otro del estrecho callejón formando doseles primorosos.

Al final de la alameda se extendían lomajes de rulo, estériles por falta de riego, cubiertos de espinales robustos. Un grupo de trabajadores se ocupaba en hacinar los troncos secos, cortados en el invierno, para llevarlos a los hornos del carbón. A pesar de que declinaba la tarde el sol picaba con fuerza; el camino se hacía pesado a causa del polvo. Como una luz que cruzara el campo, se veían a lo lejos sementeras de trigo y pesados carretones de emparva...

—Aquí viene el canal,—dijo Artidoro mostrando

una ancha zanja por la cual corría un agua cristalina que lamía las raíces de una gran muralla de zarzamoras.

Seguimos en silencio algunos minutos con las cabalgaduras al paso. Artidoro refunfuñó junto a nosotros algunas palabras que no entendimos y luego adelantó a todo galope por el camino polvoriento, envolviéndonos en una nube dorada.

—Imprudente,—murmuró con fastidio la señorita Lina, presa de un ataque angustioso de tos. Su rostro tomó un color rojizo. Yo me detuve junto a ella y esperé que pasara el acceso.

—¡Ya!—exclamó ella, procurando recobrar la calma y respirando penosamente. En el momento en que echábamos a caminar de nuevo, se inclinó con disimulo sobre el cuello de su caballo y ví que en el polvo del camino se formaba algo como una flor de color rojo desteñido.

Artidoro nos esperaba al pie de su cabalgadura, a un centenar de pasos de donde nos encontrábamos, y miraba atentamente los bordes del canal. En seguida, con ayuda de un palo, comenzó a hurgar entre las ramas de zarzamora que caían como un manto verde a orillas del agua.

—¡Aquí!—nos dijo, cuando nos tuvo al alcance de la voz.

En un principio nada vimos; sólo me llamó la atención un suave gorgorito, y, a cierta distancia, el ruido sordo de una caída de agua.

—Por aquí han abierto un forado que pasa debajo de la zarzamora—explicó Artidoro.—¿Ve, señorita?... ¿Ve como se aparta el agua para allá?... Bueno. Este forado va a parar a una propiedad vecina. El agua será la mitad de la que pertenece al fundo, y la recogen en un canal...

Nos miramos las caras en silencio. Sandoval estaba lívido. Sin embargo, habló con lenta y parsimoniosa calma:

—¡Miren qué diabluras!... ¿Asina es que nos estaban haciendo lesos?... El terreno de al lado es de las viejitas Mejías... Son unos peladeros...

—Y usted, ¿no sabía nada de esto, Sandoval?—inquirió la señorita Lina, mirándolo fijamente.

El viejo inclinó la cabeza; en seguida escupió con violencia por el colmillo, y respondió con irritación:

—Y diay... ¿Cómo iba a saber yo?... Continúas que las viejitas Mejías son buenas vecinas.

Artidoro lo interrumpió con sorna:

—Pero quién sabe si algún zorro les ha comprado su terrenito a las pobres mujeres!... Como eran suelos de rulo no producían nada... Las viejitas estaban llenas de trampas; bien pueden haberle vendido por cuatro cobres...

Sandoval lo miró con ojos sanguinolentos. Sus colmillos asomaban por los gruesos labios como la punta de dos puñales.

—¿Y quién ha dicho que las Mejías vendieron su suelo?... Yo no ey sabío na!...

—Lo vendieron, don Sandoval, lo vendieron!...—exclamó Artidoro mirándolo de reajo.—Y dicen que el comprador es de su mismo apellido... Las escrituras se pueden ver en el pueblo...

Sandoval requirió con energía las riendas y se acercó violentamente a Artidoro, en alto la mano, armada de pesado chicote. Su rostro estaba transformado por la cólera.

—Qué ecís, perro sarnoso?—exclamó con voz ronca. ¿Querís decir que soy yo el comprador?

Seguramente la mano vengadora se habría descargado sobre la cabeza de Artidoro. En lo alto brillaba la gruesa argolla de acero... El muchacho, de a pie e indefenso, se encogió para recibir el golpe. Pero antes de que yo alcanzara a abrir la boca para gritar a Sandoval, antes de que el brazo de éste se moviera para descender, la señorita Lina estaba entre los dos hom-

bres. Su actitud fiera tuvo la virtud de apaciguar al viejo que recobró instantáneamente su actitud humilde.

—¡Insolente!... apostrofó la amazona. ¿Se atreve?... ¿Delante de mí?

—Perdone, señorita—dijo Sandoval en voz baja. La calumnia me hizo disfariar...

Y luego añadió, con acento tremante de rencor:

—Es que el mocito me la tenía sentenciá... No me la pue perdonar desde que me le puse de por medio en el asuntito de mi hija Carolina... Poca cosa será la chiquilla... Pero renunca la dejaré que sea pa este piltrafiento!...

¿Qué le pasa a la señorita Lina? Sin duda el esfuerzo le ha causado daño! Está densamente pálida y vacila sobre su montura como si estuviera a punto de caer. Se lleva una mano al pecho, se ahoga... Abre la boca y estira el cuello como para tomar todo el aire posible.

—Lina!...—grité alarmado, acudiendo a socorro suyo.

Hizo imprecisas señas con la mano. Seguramente me invitaba a que guardara calma.

—¡Nada!... ¡No es nada!—dijo, enronquecida. ¡Latos!

Efectivamente, la tomó un acceso que pareció destrozarla, en tal forma se contorsionó su rostro y se desorbitaron sus ojos. Pero apenas hubo pasado, la señorita cogió las riendas y sonriendo dolorosamente, azotó su caballo y dió la orden de regreso:

—¡Andando!—dijo, y echó a correr a la delantera.

Fué una carrera loca. No se detenía siquiera en los arroyos, que atravesaba a galope largo, esparciendo salpicaduras cristalinas en todas direcciones. Nosotros la seguíamos en silencio. Yo sentíame perplejo ante esta fuga inesperada e insensata. Al llegar a unas trancas, por suerte de poca altura, la señorita Lina tampoco se detuvo e hizo saltar su caballo con limpieza de experta amazona.

Sólo cuando llegábamos a las casas, detuvo su cabalgadura. Continuamos al paso; los caballos, excitados por la carrera, soberbios, sudorosos, tascaban el freno.

El sol se ocultaba detrás del lomaje con extenuada magnificencia. Las habitaciones del fundo, sobre una eminencia del terreno, aparecían recortadas en negro con fondo rojizo, como grandes costrones de la tierra. A los pies de las casas erguía su masa oscura el bosque de pataguas, al cual llegaban, en grandes bandadas, pájaros silenciosos, de volar apresurado. Cantaba un pidén con aguda estridencia en la tarde quieta, balsámica, vencida por el último espasmo del día agonizante...

III

Después de comer, salí a pasearme a los corredores. La señorita Lina se había acostado tan pronto como llegamos. La comida fué triste, silenciosa. Tía Dolores estaba preocupada y yo pensaba en las incidencias del día.

A pesar de que hacía una noche deliciosa, con un cielo limpio, lleno de estrellas de un fulgor purísimo, que parecían palpitar en consonancia con mi corazón de quince años, sentíame oprimido por una sensación de soledad y de angustia. Cierto es que nuestra casa de campo no era para infundir ideas alegres con sus techos bajos y su vasto patio rodeado de construcciones sombrías. Todo parecía hecho allí por hombres que esperasen un ataque de merodeadores y temiesen el exceso de sol y de cataclismos cósmicos; las paredes bajas y sólidas, sobre profundos cimientos de piedra, las ventanas estrechas con fuertes rejas de fierro, la «clausura», dentro de la cual quedaban los galpones de animales y las bodegas del trigo y las del vino...

De pronto sentí cerca de mí un leve silbido que me hizo estremecer. Miré a todos lados y no ví a nadie.

Iba ya a continuar mi paseo cuando sentí una voz que murmuraba muy bajito:

—¡Patrón!

—¡Qué!... ¿Quién es?—pregunté con sobresalto.

—Soy yo, patroncito... Yo, Sandoval, pues!...

—¡Ah... tú!... ¿Qué quieres?

La sombra de un hombre se hizo visible junto a un poste, y «el pelao» continuó:

—Vengo a convidarlo a dar un paseo por el bajo. La noche está clarita...

—Si, pero...

—Venga, no más, patroncito... Va a ver una cosa bonita. No le pesará.

Aquel hombre me producía instintiva repugnancia, pero mi imaginación de muchacho me hizo entrever en las últimas palabras una visión de maravillas nocturnas en la que se mezclaban toda clase de cacerías de coipo y huillines, de chingues y otros animalitos que merodean en las sombras. Acepté, pues, la invitación.

Salimos de la «clausura» y nos dirigimos por un caminito que bordeaba las huertas hasta llegar cerca del bosque. La noche estaba tan clara que se veía a la distancia hasta el detalle de las ramas de la arboleda. Un halo sutil, plateado y tembloroso, parecía desprenderse de los objetos circundantes. No me hubiera extrañado ver salir de la tierra alguna visión sobrenatural, ninfa o fantasma.

Sandoval caminaba con sigilo; apenas se escuchaban sus pasos. Instintivamente yo imitaba sus precauciones.

—¡Shist!...—hizo de pronto, y se deslizó a la sombra de un matorral. ¡Ahí vienen!...

En un principio nada ví. Al pie de la loma, comenzaba el bosque de pataguas, sombrío a estas horas como un abismo insondable. Estábamos a pocos pasos de la vertiente que manaba junto a una enorme raíz

de árbol. Allí acudían las criadas de la casa a buscar agua durante el día.

—¿Los ve?—me preguntó Sandoval con voz que parecía un susurro.

En ese momento las ramas suspendieron su ronco croar, como si una misteriosa voz les impusiera silencio. Dos sombras se acercaban al sitio en que nosotros nos hallábamos. Una mujer y un hombre. ¿Quiénes eran? Estuve a punto de preguntárselo a Sandoval; pero en ese momento la claridad de la noche dió de lleno sobre sus cuerpos. Los reconocí.

—¡La señorita Lina!—me dije. Y acompañada de Artidoro! ¿Qué podían hacer aquí, a estas horas?

Contuve la respiración, más que para escuchar, por el temor de ser descubiertos por ellos, que estaban ya a pocos pasos. Por fortuna, la sombra del matorral nos cubría por completo. La voz ahogada de Lina pronunció distintamente las siguientes palabras:

—Eres un infame... Para mí vales menos que un perro... Yo te...

El resto de la frase se perdió en el suave susurro de la vertiente que desgranaba su risita de plata a pocos pasos de allí. Algo respondía la voz grave del hombre. Sólo pude percibir una exclamación:

—¡Por Diosito!... ¡Por Diosito!

Pero si las palabras no llegaban claras, al menos pude distinguir los ademanes apasionados de los actores de esta escena. Lina, firme y erguida, parecía escuchar con desdén. En su mano derecha llevaba un delgado bastón de coligüe que acostumbraba usar en sus excursiones de a pie. Artidoro suplicaba, elevando las manos juntas como en oración.

Volvió a hablar Lina. Sus palabras se atropellaban, coléricas, vehementes. ¿Qué decía?

—...traición... ¡esa mujer!... ¡cochino!...

Parecía exaltarse de momento en momento. Su voz tenía algo de gemido o de imprecación. De pronto,

como exasperada, alzó la mano armada de la vara. La tuvo suspendida un segundo sobre la cabeza de Artidoro, como si vacilase. El muchacho levantó también un brazo para cubrirse con él. Cayó por fin el golpe, duro, recio, desesperado. Volvió el brazo de Lina a levantarse y a caer una vez más... y varias veces. Una especie de alarido se desprendió entonces de la garganta de Artidoro; en seguida el mozo cayó de bruces. Lina se detuvo...

Hubo un largo silencio. No sabría decir si era la voz de Artidoro o la de la vertiente la que se lamentaba, quejumbrosa, entonces escuché con claridad a la señorita Lina que preguntaba al caído, con atribulado acento:

—¡Artidoro!... ¡dime!... ¿Te lastimé?

Se inclinó sobre el cuerpo caído y en la sombra se me imaginó verla que se enlazaba a él, mientras pronunciaba palabras incoherentes:

—M'hijito... m'mijito...

Luego un susurro lento, caricioso, envolvente. ¿Qué decía? ¿Eran sollozos?... ¿Besos?... ¿suspiros?

¡Maldito murmullo de aguas en la sombra que me impedía escuchar!...

IV

Al día siguiente siguió la vida su curso como si nada hubiese ocurrido. Sólo yo, en lo íntimo de mi ser sentía algo así como un rubor ascendente que caldeaba mi sangre y me producía un malestar dulce, cada vez que veía a los protagonistas de la escena nocturna.

Sin embargo, nada anormal noté en ellos. La señorita Lina se conducía con Artidoro como una dama debe hacerlo con un subalterno. El mozo, humilde, inclinaba la cabeza.

Sandoval fué despedido, a pesar de sus protestas y de las turbias insinuaciones que hiciera a mi tía Dolores acerca de la conducta de la señorita Lina. Doña Do-

lores del Solar no ponía oído jamás a los chismes de los criados. . .

¡Ah, la tos! . . . Ese año hubo que apresurar nuestro regreso al pueblo para que Lina consultase al médico. El doctor Rodríguez, médico de la familia, tuvo una larga entrevista con tía Dolores. La señorita Lina, que dormía en el mismo cuarto de su señora, debería apartar habitación; el mal era grave y contagioso. Tía Dolores, testaruda, se negó rotundamente a separarse de la mujer que, hasta ese día, la cuidara con asiduidad y abnegación. Ahora le tocaba a ella.

La tos de Lina aumentaba. Un día el doctor trajo unos instrumentos de hierro y un hornillo de alcohol. Los patios olorosos a jazmín, se llenaron de un prosaico olorcillo a carne quemada.

Comenzó la decadencia, visible, horrorosa. La señorita Lina no volvería a levantarse. . .

Sólo una vez. . . Fué cuando llegó del campo un emisario para anunciar que Artidoro había muerto. ¿Cómo? . . . ¿Tan rápidamente? Sí, de calentura, según el decir del campesino portador de la nueva.

Un grito horroroso llenó los apacibles corredores soleados, un grito de tragedia, extrahumano, como el que se escucha en casa de las parturientas, un grito que semejaba el mugido de las reses del matadero al recibir el golpe mortal. . .

Por una ventana ví a la señorita Lina que pedía sus ropas y comenzaba a vestirse febrilmente, sollozando, ahogándose, tosiendo. . . Fué inútil y fatal su tentativa.

Una semana más tarde, también murió. . .